



El Nacional Comms 82 de A.C. 1976

CRONICA - A - 5

## Nuevos Rumbos para el Cine

**E**S sabido que el recién nacido cine venezolano, con coraje que podría ponderarse, no le ha hecho ascos a la vulgaridad del tema, ni siquiera a la ramplonería de situaciones. En su mayoría ha evacuado, en la década de los setenta, la problemática y la estética de los años sesenta, y lo ha hecho con desigual suerte. Pero era imprevisible que en tan corto lapso se alcanzara el nivel infimo de Soy un delincuente, del cual se hace obligatorio hablar ahora que se inicia una segunda etapa del cine nacional. En ella ya no podrá confiarse en las corteses jaculatorias al "esfuerzo" cumplido, pero de ella podrá esperarse un nuevo rumbo.

Como en el parte de Pavia, pudo consignarse luego del estreno: Se perdió todo, incluso el honor. Una dirección errátil, una fotografía incompetente, una interpretación primaria, un gulón repleto de la monomaniaca triada "robo-juerga-castigo", un diálogo espástico, un mensaje pueril, en fin, la armonía de las partes plenamente lograda. No debe alarmar que tenga público (porque es lo previsible) ni que obtenga un premio municipal (para corroborar el verso de Dario: "Municipal y espeso"). Puede alarmar que hombres talentosos busquen en su éxito de público una coartada justificativa, como si no se supiera que el mucho público del teatro Las Palmas no ha contribuido demasiado al desarrollo del teatro venezolano, o que oscuramente se reflexiona a la verdad junto al error, como si tales críticos agudos pudieran ignorar que es un espectáculo sin decoro, perjudicial para el cine y para la formación del público.

El cine venezolano ha partido mal y sería deseable que enmendara el rumbo: sobre todo vista la funesta tendencia de los realizadores a repetir un modelo que ha tenido público. El tema obsesivo que se ha manejado ("guerrilleros-hampones-policías") dentro de discutibles esquemas políticos, ha desembocado en un mediocre sociologismo que no presta basamento sólido a la edificación de un cine nacional. La excusa de que "es un conculzo" no es muy persuasiva. Puesto en la misma disyuntiva infelaz, el cine cubano nos dio las tres historias de una mujer en Lucía o el notable examen de una conciencia política de las Memorias del subdesarrollo. En similar circunstancia y con

más recursos, todavía no hemos alcanzado algo comparable.

No puede, sin embargo, aducirse incapacidad. Quienes dirigen este cine la han demostrado (y me basta citar el nombre de un artista de la categoría de Román Chalbaud) sin contar que fue aquí que se filmó esa rara joya de arte, humanidad y profunda nacionalidad que es la Araya de Margot Benacerraf, que es un crimen que siga inédita para el gran público. Es cierto que en ella o en el espléndido documental sobre Juan Vicente Gómez no es presentada la vida de los cerros, pero el problema no radica en el manejo del tema vulgar (¡ojalá se insistiera sobre él!) sino en la vulgaridad de su elaboración artística.

Quienes aspiran a presentar ese pueblo bien podrían aprender de nuestro Daumier —hablo de Pedro León Zapata, claro está— quien confirió dignidad a sus criaturas, las manifestó como prójimos, las expresó con original trazo artístico. Porque a la torpeza artística de esta versión de las zonas marginales se agrega algo más molesto: el subrepticio menosprecio que esta impiltrao en una visión de seres que son despojados de humanidad, mostrados como meros irracionales.

Si atendieramos a la lección de este cine, en Venezuela no habría otra ciudad que Caracas, no otros personajes y problemas que los derivados de una guerrilla muerta y un hamponato vivo. El resto del inmenso país parece no existir, no hay gentes que trabajen para construirlo, ni obreros que procuran reivindicarse, ni poblaciones campesinas abandonadas, ni hay defraudaciones millonarias, ni especuladores de tierras, ni disputas políticas tragicómicas, ni seres comunes que aman y sufren y se alegran y viven, ni nunca se luchó por la libertad, ni hay quienes procuran la esperanza.

La delicadeza necesaria para contar todo esto, que es en definitiva la vida de los seres humanos, exige que previamente se les respete y se les reconozca como nuestros iguales y no como flores del zoológico que se van a ver tras los barrotes. No es necesario pedir la fineza de un Chejov, sino simplemente reclamar que el cine construya las imágenes válidas de una nación, que despliegue el tejido de nuestras vidas o la urdimbre de nuestros sueños.

ANGEL RAMA